

JUAN B. TERÁN

ESTUDIOS Y NOTAS

—— Edición de la ——
Revista de Letras y Ciencias Sociales



TUCUMÁN
REPÚBLICA ARGENTINA
1908

ESTUDIOS Y NOTAS

Al Sr. Dr. Du Saurin R. Fon-
galez, con la sola inten-
ción de un homenaje de
profunda consideración
y simpático, dedico ante
esta edición de páginas
juveniles.

Yuc. 2.1.903.

Franco V. Leraín

Errores notables ⁽¹⁾

Página	Línea	Dice	Debe decir
13	9	fabulosa	fabuloso
16	10	idealidades	idealidades
28	18	época	épocas
33	28	ne	en
36	1	recorrido	recurrido
41	27	lo	la
48	6	sobreviniente	sobreviviente
50	1	renunciamentos	renunciamento
52	5	disimulándoles	disimulándole
55	8	reserva	reservaba
56	18	del	de la del
58	5	con	por
59	25	antes	antes de
82	14	on	en
82	26	generación	generalización
88	3	resumén	resúmen
96	23	incursionando	incursionando
96	28	regurgija	regurjita
102	17	lei	leit
113	12	adverbio	adjetivo
114	19	las	la
233	23	reahacer	rehacer
134	3	Droist	Droit
134	26	rectricción	restricción
135	28	nuvas	nuevas
137	13	de	del
138	12	Montaine	Montaigne
138	13	Corve ; le	Corneille
142	19	bastantes	muchas
151	4	siglo	siglos
169	2	demótico	demótica
170	23	sen	son
175	5	exceptisimo	excepticismo
197	18	aleaje	oleage
198	26	setimentale	sentimentales
199	25	polilica	política
204	2	el	la
209	10	ds	de
226	5	coaligada	coalgadas
226	12	tar	tan
230	4	acacamos	acabamos
238	7	sistema	sistema de
249	37	elegado	llegado
267	11	obstener	abstener
274	18	de	del
279	8	plutónicas	neptónicas
283	13	últimos	últimos años
283	21	progreses	progresos
285	3	ese	eso

(1) Sin contar numerosos de acento y puntuación.

el espíritu á la gran duda que nos asalta por reacción al negro pesimismo: «los hechos no merecen vituperio ni alabanza».

Pero poeta, lo cubre y adormece con palabras de ensueño poético y triste.— Ha sido poeta, como bueno,—hasta el fin.

Nota (editorial), etc. (p. 1) n.º
 1900 no 24 - 26. 1900

Señor don Ricardo Jaimes Freyre (1)

POETA Y AMIGO:

Su revista contiene una nota bibliográfica sobre mi *Imperio Jesuítico* que agradezco mucho por su sinceridad y buena fé; pero contiene al mismo tiempo afirmaciones inexactas y aventuradas que no creo deber perdonar, estando comprometidos por ellas, el prestigio del idioma y mi crédito de escritor. Voy al grano.

Me achaca el autor de la nota demasiada preocupación formal por los detalles de las ruinas y por los caracteres físicos de su región. Eso estaba ordenado por el

(1) Lugones contestó con esta carta, dirigida á Ricardo Jaimes Freyre, que motivó la réplica que le sigue.

decreto en que se me comisionó para escribir la obra, y debí ceñirme á sus términos.

Bastaría sin duda esta consideración para justificarme (si esto requiriera una justificación, que rechazo en absoluto desde luego) pero deseo afirmar que tal fué también mi querer; desde que si en historia el hombre es lo primero, lo que sigue inmediatamente en importancia es el medio.....

En cuanto á las medidas, son necesarias, porque yo no he hecho—á pesar de mi distiguido bibliógrafo—obra de poeta. Y no conozco otro modo de describir edificios. Por lo demás, en ninguna de las descripciones existía dato semejante, de modo que mis abusos métricos, llenan en realidad un vacío. Cosa igual puede decirse de los planos—todos levantados por mí sobre el terreno—y del mapa ilustrado—obra que también me pertenece, salvo la ejecución en la que no entran las restauraciones, la determinación de los puntos ni la triangulación—pero insisto en que el tema lo exigía. En ciertas partes, mi trabajo ha sido una verdadera reconstrucción rudamente trabajada en

plena selva; y esto no será poético, pero es útil y necesario. A eso fui.

Tampoco es cierto—no se desprende semejante cosa de mi prólogo—que yo empezara escribiendo una memoria y diera en un ensayo histórico. Este fué tal desde el principio. La modificación del plan primitivo antecedió á su realización.

Las afirmaciones de la pág 237 de mi libro, que según el bibliógrafo «requieren la indicación de la prueba» están basadas en los datos—son mejor dicho estos mismos datos—de Doblas, de Alvear, de las Cartas Edificantes y hasta del mismo señor don Blas Garay á quien, según parece, imito en mis «relaciones» y cuyos tiquismisquis sobre *imperios jesuíticos* no cité, porque se trataba de títulos de obras: circunstancia en que solo se encuentra la del jesuita Ibañez....,

En cuanto á que yo «jacobinizo» (mi bibliógrafo es purista, sin embargo; y ya se verá,) cuando declaro la superioridad *circunstancial* de la democracia como fenómeno político concurrente del industrialismo, me parece que es demasiado *exagerizar*.

Y por esta puerta, á la gramática!

Mi amable bibliógrafo encuentra que «*neologizo*» demasiado; y por singular ocurrencia resulta que, salvo uno, no hay otro neologismo entre los citados que el excelente *neologizar*. Ese uno es el vocablo *detriciòn*, introducido al idioma con todas las reglas del protocolo gramatical y legitimado por el afín *detrito*. Los otros, *hortense*, *ensilveserse*, *frutar*, están en el Diccionario de la Academia. Cierto *decelar* que se me cuelga, no me pertenece; más infiero que será error de imprenta, y que habrá querido ponerse *develar*. Si es éste, se halla en Domínguez, mucho más sensato é informado que la Academia, cuyas omisiones constituyen legión.

Debo hacer también un reparo respecto á los verbos que carecen del «sentido activo» que yo les atribuyo. Entre los citados hay uno que sí lo tiene: «sonreír». Juzgando por «reír», según es lógico, se encuentra en el prólogo de *La Celestina*: «desechan el cuento...,..... *rien lo donoso*», etc. La cosa viene de lejos, como se vé.

Siendo tantas mis rebeliones léxicas, tengo el mayor interés de que no se me amplie sin razón la lista de las transgre-

siones; y es esto lo que ocasiona tan larga carta.

Quedamos pues, en que mis titulados neologismos no son tales; en cambio mi bibliógrafo engalana con tres—*jacobinizar*, *neologizar*, *intensificar*—la misma página en que saca la cuenta. Y eso que, desde Gautier, se recomienda á los jóvenes la lectura del Diccionario....

Con todo, vuelvo á agradecer el espíritu cariñoso con que está escrita la consabida nota, y aprovecho la ocasión para felicitarle por la simpática empresa de su revista á la cual deseo, en unión de vd., la mayor prosperidad.

Es su colega y amigo affmo.

L. Lugones.

REPLICA

Mi nota crítica al libro de Lugones contenía en sustancia: en primer término, una generalización sobre su estilo, que juzgaba nuevo, rebelde, y pintoresco--en segundo término la afirmación, imprecisa y rápida.

de que su fondo sociológico era vacilante— En conjunto decía, es la obra de un poeta, á pesar del tema de su libro.

Como documento para el primer juicio, señalaba algunos vocablos exóticos y buscados, de los que pululan en sus páginas pletóricas de imágenes y sensaciones, y despues el uso en sentido activo de verbos que no lo tienen.

Hacía la comprobación y la cita con amor y con fruición, pues me permitía renovar el concepto positivo, relativo, polimorfo, de la vida social, que dictó mi estudio sobre la Escuela Histórica en Derecho y que acababa de acreditar en mi esquicio sobre la lengua.

No podía hacer, pues, un cargo de ello, desde luego porque fundaba con esas citas mi vista crítica, que era un elogio y después porque, como lo observa Lugones, hacía por mi parte otros tantos neologismos.

Así lo entiende él mismo y entonces es claro que su carta es solo un testimonio inesperado de gramaticalismo, en el temperamento espontáneo y valeroso de uno de los espíritus más revolucionarios de nuestro país.

Pero aceptando la rectificación, hasta tanto la discuta, siempre queda evidente la existencia de los neologismos.

Podeis agregar, entre otros, *joyar*, *apocrifidades*, *acaudalar* en el sentido usado en su libro.

Queda así mismo neológico el uso que se hace de *comenzar*, *hormiguitar*, *revivir*, *sonreír*, malgrado la cita de la *Celestina*. Agreguemos heredar por transmitir (los señores *heredaban* á sus bastardos), volar por hacer volar (recogieron solo las aristas que *volaba* el viento); germinar (la humedad germinante) etc.

El concepto que preside la corrección de Lugones es el siguiente: los vocablos que figuran en el Diccionario no pueden ser neológicos; lo son, en cambio, los que no figuran.

Lo primero se prueba por la observación respecto á *frutar*, *hortense* y *encilveser*.

Prueba lo segundo la afirmación de que *intensificar* es un neologismo.

¿Pero será acaso suficiente que figure en las ahiladas páginas del Diccionario, dogmáticas y estrechas, para que una

expresión sea considerada como individuo genuino y nativo de la lengua?

No lo creo, y sorprende que sea otra la opinión de Lugones. Es, pues, el caso de elucidar una ley del language que su rectificación compromete seriamente.

Las palabras no son seres con cuerpo y alma, idénticos siempre á si mismos, que tengan una «vocación» y un destino esencial, como enseñaba la vieja lingüística apriorística. Las palabras son «signos artificiales y arbitrarios» que no tienen otro fin que servir la comunicación humana—lo que importa en ellas no es su sonido sino su sentido. La lengua no es, en consecuencia, sino el conjunto de esos signos, usados por un pueblo ó una civilización: es un fenómeno social, vivo y actual.

¿Puede entonces considerarse neologismos *yerba*, *rol*, *yerbatero*, *intensificar*, (pág. 184) cuando tropezamos con ellos, á cada paso, en los propios diarios, que son el reflejo primario de la lengua?

¿Habian de considerarse neológicas las voces que salpimentan nuestra lengua ó manera, hablada y escrita, porque la Academia les haya negado la entrada en

el ridículo *sancta-sanctorum*, sin ningún creyente sincero, que vela?

Lo que da carácter al neologismo, por que es el rasgo que distingue y fecunda una lengua y sus términos, es la circulación social, porque no tienen sentido sino en ella, anunciando y sirviendo la relación de los hombres.

Lo que hace al neologismo es la acuñación del vocablo en la obra literaria, su aplicación y su difusión, como la moneda, que no es sin duda el disco de metal ó el billete impreso que guarda un banco de emisión en sus arcas.

No neologiza al que quiere sino el que puede.

Esta misma observación formulaba acerca de la opinión de Groussac, que considera que en vez de descubrirse tendencias innovadoras en nuestra frase, se encuentra una tendencia hácia la mayor pureza en el escrutinio de los orígenes latinos (1). Entendía que un rejuvenecimiento del verbo latino no sería una prueba de regresión sino de progreso,

(1) Véase capítulo *Naturaleza del Lenguaje*

porque implicaría no una obra sabia de gabinete, sino el trabajo del nuevo espíritu de un pueblo nuevo.

La obra de Lugones, que es una prueba del juicio de Groussac, sirve de verificación á mi crítica.

No podemos olvidar que nos referimos á un libro argentino, que describe la naturaleza argentina y que hace historia americana.

Lugones actualizando é incorporando á nuestro language literario el adverbio *hortense* y el verbo *frutar*, neologiza, porque emplea formas inusitadas de expresión las toma de la tradición catellana como las podía haber compuesto directamente, ó derivado por trabajo original de etimólogo, de sus raíces.

Y á ese respecto, si ha sido feliz usando *hortense*, no lo ha sido usando *frutar*, que como observa Dominguez, «mucho más sensato é informado que la Academia», es un provincialismo, y tiene el sinónimo mucho más castizo *fructificar*, de la categoría de los verbos en *ficar*, tan característicos y lógicos, lo que no sería argumento para mí que participo del concepto romántico—en el buen sentido

—del lenguaje, y sí solo para el Conde de Cheste.

Según este criterio dogmático para juzgar el lenguaje, que desconoce el hecho de su movimiento y renovación constantes, por el que se adaptan á las necesidades del medio con una exquisita fidelidad, el neologismo sería, no el hecho natural, de comprobación experimental, en cuya virtud el léxico se enriquece con una nueva voz, sino el hecho oficial y fortuito de que haya sido consagrado por una asamblea docta.

¿Y si no tuviéramos Academia y Dominguez, careceríamos de neologismos? La afirmación queda reducida al absurdo.

Hay un episodio curioso en la historia de las lenguas: las reaparición de voces antiguas. Ha sido observado por Whitney en Estados Unidos, donde los británicos se sorprenden con palabras que no son sino viejo inglés—y cualquiera puede observarlo entre nosotros.

Si aquellas volvieran á Inglaterra y éstos á España ¿dejarían de ser neologismos?

Debo agregar todavía ¿una voz

puede reaparecer sin que aporte una idea ó un sentido nuevo?

No olvidemos que el lenguaje refleja un estado social y mental, individuo y único, y entonces estas restauraciones de vocablos son verdaderos neologismos, desde que reaparecen en forma pero no en sentido, prevaleciendo en su adopción la ley mecánica de la línea de la menor resistencia: en vez de inventar una voz, se toma una hecha, pero atribuyéndole un sentido distinto.

No hay palabra, cuyo sentido no adquiriera nuevos matices después de un transcurso dilatado de tiempo.

Sobre la morfología de la lengua y la fonética está la materia de una investigación más profunda y fundamental: la semántica, ó la ciencia de las significaciones, como la ha llamado Bréal.

Este lingüista cree haber develado dos leyes de la evolución del lenguaje, que verifica abundantemente: la de la repartición y la de la irradiación, por virtud de las cuales las palabras sinónimas tienden unas á diferenciarse, y otras á comunicar por contacto su sentido, lo que

determina pequeños pero perseverantes cambios en el propio.

De manera que las palabras no tienen sentido inherente á su sonido y á su aspecto, sino que varían y se conforman á las exigencias, necesidades y caracteres del medio social. (1)

El mismo dice en su crítica á Darmesteter que infinitamente más frecuente que las adquisiciones que provienen de idiomas extraños, es la aplicación de una palabra conocida á una idea nueva. (2)

Se puede afirmar que el vocabulario de un Quevedo, por ejemplo, no puede ser restaurado en su sentido originario, y que si adquiere vida y belleza en las manos de un escritor como Lugones, no es por magia del vocablo sino por la fuerza de su idea y de su sentimiento.

De esta exposición resulta sorprendente el temor de Lugones de que la

(1) La sociología ha hecho aparecer nuevas voces, por ej. *demótico* y *genético*. El estudio científico de la inmigración moderna hará necesarias otras nuevas. Anoto, desde luego, *eugénico* y *panmixia*, que he visto usados, aquel en francés y este en español.

(2) Lugones dice no sé si árbol ó esbeltez jónica.

atribución de neologismos pueda dañar su crédito de escritor y comprometer el prestigio del idioma—cuando el neologismo, en el idioma y en la obra de un escritor, acusa actividad y vigor intelectuales.

A pesar de su ortodoxia, reconoce la ineptitud de la Academia y la zurdez de sus procedimientos cuando proscribe *control*, *gres. rol*, *bolas*, etc.

No suponía que le plugiera someterse á Valbuena, quién podría señalar algunas rebeldías léxicas y sintácticas en su libro: «la noche sobreviene *brusca*»; «los pueblos ignorantes sienten más *hondo*»; válvula *de la* tormenta atávica»; otras más graves, de sentido: antes que los pucheros *funcionaban* los cubiletes» (pucheros que funcionan); *peculiaridades muy difundidas* entre los indios; «el P de Lacy *había extremado* con la Pompadour su moral acomodoticia» queriendo decir todo lo contrario.

Lugones no tendría derecho para quejarse si fuera objeto de esta fácil crítica subalterna é indigna.

—De paso rectifica Lugones la observación de que el título de su libro se encuentra en Blas Garay, recordando que éste se refiere en el texto de su

prólogo, pero que no lo usó como epígrafe. caso en el que encuentra solo Ibañez con su libro «Reino Jesuítico del Paraguay»

Pero recuerdo, á mi vez que en 1592 el cura austriaco Melchor Inchofer había escrito el suyo sobre la *Monarquía Jesuita*, que abona la elección de Lugones, pero que le crea un precedente que ignoraba.

Considera también que debe observar mi conjetura de que el libro resultó más vasto que el plan originario: que comenzando por una memoria sobre las ruinas diera en un ensayo histórico.

Aquí ya no se argumenta con citas. Es la impresión que sentirá todo lector. El capítulo de las ruinas, que es la materia propia de su cometido oficial, puede ser objeto de una ablación que no perturbará el conjunto, de tal modo está patente la superposición de planes: habría formado un apéndice ilustrativo del libro con su título de *memoria oficial*, que prestigiaría la obra y señalaría el posible origen de las investigaciones que el autor ha coronado con su ensayo magistral.

No niego su valer y el esfuerzo que

suma, pero afirmo su inconducencia en un libro de filosofía histórica.

¿Que verdad ó hipótesis abonan las medidas de los pórticos, la cubicación de las piscinas?

Pero sus observaciones de detalles importan consentir mi objeción al fondo sociológico del libro —tal es la regla lógica y jurídica: el silencio implica conformidad.

Me inhibiría ésto de hacer más sensible las antinomias constatadas en diferentes pasajes del *Ensayo*, pero debo para acreditar mi pensamiento.

En su juicio sobre la misión jesuítica establece que la esencial inferioridad del indígena no acepta la posibilidad de un progreso duradero.

Esto dá un matíz antropologista á su pensamiento que se desvanece luego cuando asigna singular influencia al medio.

Parecería, todavía, que estas ideas se regulan y armonizan con este otro pensamiento, que es exacto: el salvaje depende enteramente del medio, el civilizado es su colaborador inteligente.

Pero ya es distinto el pensamiento

cuando afirma que la civilización no es la obra de la raza, sino de los ideas que la animan. Corrobora este juicio la afirmación de la pág. 253: lo físico depende sustancialmente de lo moral.

El origen de estas ideas es un poco antiguo—toda la ciencia del siglo XIX ha tendido á establecer lo contrario: no hay otra fuente de vida que la sustancia.

Pero con estos antecedentes no era de esperar que aplicase á la vida social la fórmula darwiniana; «los hechos no merecen vituperio ni alabanza porque no hay sino la lucha por la vida.» La primera parte es la conclusión del materialismo histórico, la segunda la tesis del biologismo en sociología.

Aquella, que postula la inutilidad y la ilusión del esfuerzo humano, no concuerda bien con la colaboración inteligente del civilizado, y ésta, pugnando con la misma afirmación que acabamos de transcribir, desde que si el hombre puede modificar las condiciones de la lucha, hay algo más que la simple lucha por la vida, olvida nuestro carácter genuinamente gregario y social, que suspende la aplicación de la concurrencia vital y de

la supervivencia de los más aptos para nuestra especie. (Tanon, *L' evolution du droit*; Giddings, *Sociologia*; Bouglé, *La Democratie devant la science*.)

¿Y cómo coordinaríamos con esta tendencia biológica, que con Spenser cree haber probado la inutilidad de la instrucción sobre la moral y el sentimiento, con la afirmación de «que éste y la idea son como vasos comunicantes?»

Creo haber invocado para sostener esta exposición, autoridades más altas que las de Gautier—cincelador elegante y refinado, pero sibarita y sin alma, que no recomendaría á los jóvenes.

Tributo nuevamente mi sincero homenaje de admiración á este libro que ha salido triunfante de la prueba que aquilata la intensidad de una obra, pues ha sido leído varias veces, con conciencia, sin fatiga, con interés y respeto siempre crecientes. (1)

Feb. 20 - 8 - 1

(1) En la 2ª edición de su libro Lugonés ha puesto dos notas (págs. 274 y 278) en las que declara que no tiene escuela histórica y que sostiene 'sus conclusiones aunque se alejen del determinismo.

INDICE

	Página
La tradición colonial	3
Guillermo Ferrero	21
El estudio y el libro	38
Alberdi	49
Taine caricaturista <i>por M. de</i> <i>Unamuno</i>	66
Taine y su filosofía	79
El Imperio Jesuítico por Leopoldo Lugones	95
Naturaleza del language	122
Inmigración y delincuencia	152
Carta de Adolfo Révecin	172
Notas críticas—Fontenelle,	188
Facundo Quiroga por D. Peña	196
Tarde y Finot	204
Estadística é individualismo	217
Anotaciones marginales	232